

PREGÓN SEMANA SANTA ALCALAÍNA

Por Arsenio Lope Huerta

Alcalá de Henares 30 de Marzo de 2018

Hace ya muchos años que escribí un artículo para un periódico local, titulado “la Pasión en Alcalá”, en el que venía a señalar como los recuerdos que tengo de la vieja semana santa alcalaina me venían velados por una cierta nostalgia. Confieso que de los hechos complutenses del pasado son aquellos que me marcaron de forma más determinante, y debo reconocer que en ellos se daban una serie de circunstancias especiales que les hacían referencia obligada en aquel lento, abúlico y seguramente gris tiempo pasado.

Cierto es que la imposición oficial de prohibir cualquier manifestación de las consideradas paganas, venía a impregnar todo de una cierta religiosidad no exenta de artificio.

Las radios tan solo emitían música clásica o sacra y en los cines desaparecían nuestras amadas películas de vaqueros o de “gánsteres”, para ser sustituidas por las clásicas que nos recordaban la Pasión de Cristo.

Y todo, hasta en la vestimenta, se rodeaba de pudicia y moderación. Hablar en voz alta, en la calle, era disonante y un grito, apenas balbuceado, se convertía casi en provocación.

Como por ensalmo toda la ciudad sentía sobre sus hombros, estériles y acomodados a la religiosidad oficial, el peso de la carga de la muerte, del Hijo de Dios.

Parecía que el Gólgota estaba en el vecino Gurugú y que todos nosotros, al unísono, éramos culpables de no haber hecho nada por impedir la crucifixión de Cristo.

Las procesiones, muchos menos numerosas que las actuales, recorrían aquella Alcalá que no iba mucho más allá de las puertas de Madrid y del Vado, de la línea fronteriza de las vías del tren, o de la plaza de Mártires. De todas ellas me gustaba la del Silencio por su impresionante tránsito.

Desde las aceras y en un silencio espeso y respetuoso, los jovenzuelos nos aprestábamos a intuir el rostro anónimo que se ocultaba, tras los adustos gorros de cucurucho de los penitentes, creyendo adivinar en este o en aquel la mirada cómplice del amigo o familiar.

Y siempre me impresionaban los penitentes. Aquellas mujeres, sobre todo, que, con un velo negro y transparente sobre su doliente rostro, arrastraban pesadas y chirriantes cadenas, llevando, con frecuencia, una tosca cruz de madera a cuestas. Siempre me pregunte que faltas expiaban o que favores agradecían, que les imponía tamaño sacrificio.

Su dolor era casi siempre, nuestro dolor de niños, que teníamos más preguntas que respuestas sobre ese Dios, su Dios, que le exigía tamañas pruebas de amor y sumisión. Aquellos penitentes que exhibían su dolor sin pudor producían en la chiquillería una honda impresión.

La Semana Santa alcalaína de entonces era la clásica de los viejos pueblos y ciudades castellanas: sobria y silenciosa. Pero recuerdo también, la impresión que me causo el día que, en un balcón vecino de mi casa en la calle Libreros, una voz aflamencada rasgó, en una “saeta “y como una saeta, el espesor del silencio alcalaíno.

Aquella voz aflamencada, entre ayes y quebrantos, venía a decirnos que Alcalá se estaba haciendo cada vez más universal y que su mundo, y sus expresiones populares, iniciaban un extraño sincretismo en el que hoy aún, y acaso, nos mecemos afortunadamente.

Y hoy, en que vuestra generosidad me invita a dirigirme a todos vosotros, cofrades y penitentes, de esta renacida Semana Santa complutense, me pregunto ¿cómo hacerlo?: y, sobre todo, ¿cómo dirigirme a ti, cofrade, que has mantenido, aumentado y dignificado nuestras procesiones?

Por ello y llevado por mis dudas y temores me he permitido escribir una carta a Jesús, para hacerle llegar esos temores y esas dudas.

Querido Jesús de Nazaret: hijo de José y de María, que te dices hijo de Dios y que, como tal y por ello, fuiste sacrificado en la cruz. ¿Qué decirte en esta hora extraña y comprometida en que comparezco ante mis paisanos para hablar de Ti y tu pasión?

Porque no me parece razonable hablar del Jesús-Dios, mi osadía y mi ignorancia podrían conducirme por difíciles y escabrosos caminos, bordeados a un lado por la torpeza y al otro quizá, por la imprudencia.

Por todo ello me ha parecido mejor el método epistolar, tan querido por otra parte, por muchos y muy influyentes discípulos tuyos.

Quizá ello te haga ser más condescendiente con mi torpeza y mi atrevimiento; aunque, estoy seguro de que pueda, en ocasiones, hacer aparecer en tu respetable rostro un leve rasgo, apenas perceptible, como de una sonrisa. Porque recordaras, de tu corta y apasionante etapa de hombre- uno más entre nosotros- como la impaciencia y aun la intolerancia forman parte, ¿hasta cuándo?, de nuestras míseras y humanas señas de identidad.

Ya sé que fuiste diferente a todos, no podía ser de otra manera, lo sabemos casi todos, que, aunque lo intentaste, tu soberana bondad, ayudada por tu naturaleza divina. _ reconócame Jesús que al menos en eso llevabas ventaja- te mantuvieron lejos, en toda tu peripecia terrenal de esos defectos, que, con irritable persistencia, nos atenazan a todos. Y eso que Tú tuviste también tus momentos de debilidad y aún la tentación de abandonar todo. Y ese todo no era cualquier cosa, no, que era, ni más ni menos, que la salvación, según Tu querías, de todos nosotros, de aquellos que en Ti creyeron y aún creen.

Y, además, y en prueba de tu generosidad, también de aquellos que en Ti no creían y aún hoy, tantos años después, siguen sin creer.

Mateo, aquel que fuera seguramente el mejor y el más próximo a nosotros de tus biógrafos, nos cuenta, cuando en aquella noche, que debió de ser tan triste como larga, y en ese lugar llamado "Huerto de Getsemani" del que todavía recuerdo sus olivos viejos y retorcidos, que tanto me impresionaron, como si aún les pesara el remordimiento y la angustia por haber sido testigos mudos y silenciosos e impotentes, de tu dolor y de tu angustia, le dijiste a Pedro, el pescador que renegó de Ti, desertor arrepentido en esa hora y que luego encontraría la gracia y la fuerza para seguir tu ejemplo y tu doctrina hasta el final, así como a los hijos del Zebedeo; *"triste está mi alma hasta la muerte"*, para luego añadir, *"el espíritu está pronto, pero la carne es flaca"*.

Ahí fuiste, Jesús, más hombre que nunca, atrás habían quedado tus horas de gloria y triunfo en aquella Jerusalén tan querida por Ti, en aquella Jerusalén que aún hoy sigue llevando a sus espaldas la grandeza de su historia y de su pasado, entre el amor y el odio, entre la admiración y el desprecio.

Esa Jerusalén de las mil llagas y de las mil batallas. Esa Jerusalén que es meta y punto de partida. Esa Jerusalén que reúne, en su nombre y en sus callejuelas, cuanto de grande y de mísero hay en el género humano. Ahí, te decía Jesús, fuiste hombre temeroso y angustiado.

Como lo somos todos cuando la crueldad y la incomprensión nos acechan, cuando los amigos nos abandonan, cuando las ideas y las creencias, no nos parecen ni tan firmes ni tan sólidas; “Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad...”

Ahora mirando en la distancia y si me permites una broma, parecería casi el inicio de una carta de dimisión, la petición de un cese o renuncia ante la enormidad de la tarea que Tú debías conocer bien, y ahí fuiste hombre Jesús, en la duda y en la debilidad, en la amargura de la traición que intuías ya, y en la decepción de la negación que ibas pronto a conocer.

Algunos años después, ese buen emperador romano que fue Marco Aurelio y en sus “Meditaciones” escribió algo que acaso lo hiciera pensando en Ti:

“aquello que te sucede estaba preparado para ti desde el comienzo de los siglos. La combinación de los acontecimientos estaba ya firmada de antemano para traerla y hacerla coincidir con tu existencia”

Y es probable, al menos eso quiero creer en este momento de confidencialidad epistolar que nos tenemos, que en ese instante empezaras también a querernos más, y a comprendernos mejor, ¿hay mejor método que compartir el dolor para conocer a los hombres? Porque para Ti el dolor tenía que ser un sentimiento nuevo, apenas aprendido en tu infancia feliz de hijo de carpintero entre clavos y maderas, martillos y gubias, o en esos días de juventud en que, perdido, apenas sabemos de ti, años que nos atrevemos a imaginar de placidez y de tranquilidad.

El dolor te vino, así de golpe, como de sopetón, en esa noche triste en que por tu imaginación paso lo que te iba a ocurrir, lo que te íbamos a hacer.

Es ese dolor el que te hace más nuestro, más próximo, quizá más entrañable también. Ese dolor de hombre que te hizo, dicen, brotar sangre por todos los poros de tu cuerpo. Quizá en ese momento, como a todos los hombres, como decía Unamuno, empezaran a nacer y a morir en ti “oscuras conciencias, almas elementales” que, al morir bruscamente, en choque, “hacen nuestro dolor”, tu dolor de hombre dolorido.

Porque debió ser allí en aquel instante, en que el dolor dobló Tu cuerpo compungido, cuando debiste ser consciente de tu fragilidad humana y de cómo tan solo parece real lo que se siente. Debiste pasar entonces con brusquedad y casi con sorpresa a apercibirte, como hombre, de la grandeza y dificultad de tu misión, y aún es probable que llegaras a dudar de si la misma merecía la pena. Tú sabías en qué poco espacio de tiempo, un suspiro, un segundo apenas perceptible, pasamos los hombres de la aclamación al insulto, de la adhesión a la traición, del amor al odio.

Y que ello se inscribe también en la naturaleza humana hecha de luces y de sombras, a imagen y semejanza, nos dijiste de Tu Padre, pero también con los errores de la miseria de la materia con que nos fabricó, 'tierra húmeda y deleznable”

Y no sé si vas a creértelo, pero ese es el instante de tu mayor grandeza, todo lo demás es una sucesión en cascada, hechos inevitables, “hágase Tu voluntad” dice Mateo que exclamaste. Y su voluntad, la de Tu Padre, que no otra, se hizo.

Lo inevitable adquiere así, trágica e ineluctablemente, carta de naturaleza, como en una tragedia en que los actores por más que lo intentaran no pudieran evitar la consumación de un desenlace cruel y cierto. Y esa es la tragedia, también, del hombre frente a su destino. Y desde ese dolor, tan humano que te hacía hombre, distes paso a la solidaridad, tu entrañable y sólida solidaridad, hecha de amor y de ternura, hacia el género humano que habías hecho tuyo. Y del dolor, reflejo cruel de la muerte, pasaste al amor que es compasión y comprensión, y vida, y de ser hombre comprendido pasaste a comprender aún mejor a los hombres, que no otra cosa es el amor más que comprensión y compasión o lo que es lo mismo pasión compartida.

Y de la grandeza de ser pasaste a la de estar, o a la de dar y entregar, en aquella hora mágica en que las previsiones de Tu Padre, de las que Tú fuiste cómplice y quizás hasta instigador, iban a cumplirse, darte Tú por los demás para que los otros fuéramos, en el sentido ontológico del ser.

Y así hasta la expiración en la cruz, en un camino lento y agónico, entre gritos y desprecios de quiénes, tan solo un puñado de horas antes, te vitoreaban como a su Rey. Un camino hecho entre trompicones, caídas y más caídas, con la dignidad que tan solo Tú puedes tener.

Así hasta el sitio llamado del Gólgota donde te crucificaron y donde sobre Tu cabeza pusieron escrita tu causa: “este es Jesús, el rey de los judíos”. Y los que pasaban, nos cuenta Mateo, te injuriaban, moviendo la cabeza y diciendo: “Tú que destruías el templo y lo reedificabas en tres días, sálvate ahora a ti mismo; si eres hijo de Dios baja de esa cruz”

Muchos años después, el gran Lope de Vega, lo contaría mejor:

*“Unos dicen que si es Rey
de la cruz descienda y baje
y otros, que salvando a muchos
El no puede salvarse”*

Ya viste en ese momento, como no es el agradecimiento, ni acaso la prudencia, lo que caracteriza a aquellos a los que Tú quisiste parecerte y hasta hacerte semejante suyo, no parece, no, pues, que nos portáramos bien contigo. ¿Pero hubiera podido ser de otra manera?

¿Acaso en ese drama no nos correspondía a los hombres el cruel y triste papel de ser actores de un coro injusto, cruel y vociferante?, ¿qué hubiera pasado si te hubiéramos arrancado de las manos de quiénes te crucificaban y te hubiéramos salvado?

Esa es la paradoja, porque salvándote a Ti nos condenábamos nosotros. O lo que es lo mismo: condenándote a Ti, nos salvábamos nosotros, tal y como Tú querías, ¿qué hacer pues?, tan solo dejar que las cosas fueran como debían ser, porque así estaba escrito y así era preciso y necesario que fuera.

Y es así como *"abandonado de tu Dios y Padre te alzas en ese trono congojoso de soledad, sobre la escueta cumbre del teso de la calavera, encima del bosque de almas muertas que esperaban Tu muerte, que es su vida"* en hermosas palabras de Unamuno.

Pero déjame que me detenga un momento, un instante tan solo en el verso ¿ha dicho el poeta soledad?, ¿qué soledad si tu sacrificio te hace ser de todos en estrecha comunión? ¿Acaso la solidaridad humana y fecunda de tu acción puede ser solitaria? No, no puede haber soledad donde hay reunión de todos en la salvación que para todos Tú querías.

Pero sí tiene razón el poeta, cuando nos habla, cuando casi nos grita, que tu muerte es nuestra vida, y nuestra vida que nos hace libres, perdida ya esa condición fatalista del castigo o de la mancha por nosotros no cometida.

■ Y es curioso, Jesús, como siento ahora, perplejo e intentando que la razón no sea más fuerte que la voluntad, que en ese camino de autoinmolación te hiciste hombre en el dolor, y que con tu muerte nos hiciste libres. Y por libres, hombres. Que no en otra cosa consiste la condición humana más compleja: la de ser libres.

■ Y es así como y al mismo tiempo pudimos iniciar, la más hermosa de las aventuras de los hombres: la conquista de la libertad y la de ser hacedores de nuestra propia historia. Y por ello y a partir de tu muerte, volviendo a Ti, aunque, como dice el poeta Victoriano Crémer, “nadie vuelve a lo muerto, nadie labra caminos en el aire, todo es futuro vivo, sangre distinta siempre que se hace de palabras, de sueños”.

¿De sueños? Déjame ahora Jesús que te hable de esos sueños de aquellos que llegaron a nuestras puertas en busca de una vida mejor. Déjame que te hable de Mohamed Eymen, de Sudan, de Fátima Jawara, de Gambia, de Enmanuel Nadi, de Nigeria, de Salim Fal, de Senegal o de cualquiera de esos 30.000 hombres, mujeres y niños que han encontrado su tumba en el Mediterráneo y a quienes no les abrimos las puertas de nuestras casas.

Ellos y ellas huían de la muerte y del hambre, del dolor y de las humillaciones. Ellos y ellas eran refugiados en busca de la vida.

Como lo fuiste Tu también cuando, para evitar tu muerte, tus padres debieron, ellos también, huir en busca de un lugar donde tu vida estuviera a salvo.

¿Sus sueños? ahora yacen también en el fondo del mar. Para ellos no hay ni futuro ni retorno que, acaso pensando en ellos, otro soñador dijera que “es muy largo el camino para volver atrás”. Un camino que han venido regando con su sangre. Y si de sangre y de dolor y de sueños hablamos ¿Cómo olvidar, Jesús, los de esas mujeres maltratadas y hasta asesinadas por quienes, tan solo unas horas antes, decían amarlas? ¿O los de esos niños torturados por adultos de vil y negro corazón?

Y sin embargo Tu sangre es la misma siempre, sangre que se derramada por nosotros y para nosotros, como si Tu vida fuera fuente también de otras vidas, las nuestras, nuestras vidas.

Y de esas horas finales tuyas, tan intensas y que de forma tan profunda nos han marcado a todos, nos queda la conmemoración de tu Pasión.

Como esta, que ocurre aquí en Alcalá, donde son miles las personas que, con respeto y a menudo en silencio, sacan imágenes tuyas a la calle para venerarte. No es ruidosa la gente de esta tierra y aún se dicen fríos, pero yo sé que no lo son.

Antes, bien al contrario, son gentes entrañables y sinceras. Y sólidas de una pieza, como a ti te gusta.

Y en una de esas imágenes quiero yo detenerme un instante, impresionante imagen, entre sombras, apenas iluminada por cirios de pálida luz y de negros pabilos, con los ojos entreabiertos y exhalando, quizá tu último suspiro. Es la tuya expresión de dolor y sufrimiento y de serenidad.

Quizá entendieras entonces lo que muchos años después otra víctima como Tu del rencor, Miguel Hernández, diría: "*cuanto penar para morirse uno...*"

Tal vez ese fuera el momento tan bien captado por el autor, en que exclamaras en un hilo de voz apenas audible, apenas perceptible, y como un reproche que debió resultar duro a los oídos de Tu Padre: "¿Lema sabachta¿(por qué me has desamparado)?".

Y ahí, en ese momento, podríamos preguntarte, otra vez con Unamuno:

“¿En qué piensas Tu muerto, Cristo Mio?

*Por qué ese velo de cerrada noche
de Tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?*

Porque:

*“Desde entonces
por Ti nos vivifica esta Tu muerte,
por Ti la muerte se ha hecho nuestra madre,
por Ti la muerte es el amparo dulce
que azucara amargores de la vida”*

¿Desamparado? Pero ¿qué amparo darte? ¿el de la vida que habías venido a sacrificar?, ¿el de la ausencia del dolor que te alejaría de tu condición de hombre? Has de reconocer que a veces ponías las cosas difíciles, incluso a Tu Padre, porque ya estaba todo o, casi todo, consumado. La rueda de tu destino, también el tuyo y no solo el nuestro, llegaba al final de su andadura, de su camino, y todo había ocurrido, ya lo hemos visto, como debía ocurrir, tal y como estaba previamente señalado para el final de tu vida y de Tu pasión.

Vida y pasión que a nosotros nos queda recordar entre el respeto de los unos y la adoración de los otros, porque, aunque solo hubieras sido un hombre, tu ejemplo habría de servirnos a todos. Pero cuando esto escribo y te cuento, sigo mirándote ahí en la cruz o al menos miro y veo tu imagen torturada y agónica que produce hondo pesar, aunque no abatimiento.

El duro y oscuro madero es cruz, pero es también apoyo y soporte, tienes un aire noble, todavía parece que respiras, como si la madera fuera débil caja que permitiera el esfuerzo de tus cansados pulmones.

Pero ya debes estar muerto, porque la herida de la lanzada en el costado, que sigue rezumando sangre y agua, dicen que te la infirieron una vez muerto y sin que llegaran a quebrarte hueso alguno para que la profecía pudiera cumplirse “no romperéis ninguno de sus huesos”, que así estaba escrito.

Quizá el escultor quiso representarte muerto, ya con la serenidad del reencuentro con Tu Padre después del sacrificio, después de la muerte que a lo mejor y como Tú querías no es más que el inicio de otra vida, o de otra instancia que ya no sería pasajera, sino definitiva. Aunque para nuestras cortas entendederas resulte tan difícil el pensar que puede existir algo definitivo.

El siempre, el jamás, el nunca, son adverbios difíciles de asumir en su integridad y en nuestra forzada limitación temporal. Deberías ayudarnos también en esto porque quizá sea lo que más difícil nos resulte. Porque a ver: ¿cómo podrías en Tu papel de juez condenar, por y para siempre, a quien tan sólo, en un momento -en Tu eternidad la vida, nuestra vida, apenas sería un momento- a quien tan solo en un momento decía, te ha ofendido? Y déjame que te pregunte aún algo más: ¿podríamos, siendo finitos, ser sancionados infinitamente?

Reconóceme que es difícil obtener una pregunta afirmativa a tan sencilla y evidente cuestión. Estos días, pensando en estas palabras que os dirijo, me he encontrado con el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer quien escribiera que *“la encarnación nos convierte a todos en hermanos, y por lo tanto nadie puede ser excluido o perseguido. Dios ama a los hombres tal como somos. Cristo esta siempre entre el prójimo y yo. Mi prójimo quiere ser amado tal y como es, independientemente de mí, es decir, como aquel por quien Cristo se hizo hombre, murió y resucitó”*. Pero ya ves que me he perdido y yo quiero volver a tu imagen, la más hermosa entre las muchas y muy hermosas que en Alcalá te representan, y que estos días saldrán en procesión. En esa representación de tu vida y pasión que no es otra cosa que la expresión de la memoria colectiva de un pueblo, que no otra cosa es la tradición. El filósofo decía que se vive en el recuerdo y por el recuerdo. y nuestra vida espiritual no es en el fondo, si no el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerle esperanza. El esfuerzo de nuestro pasado por hacerle porvenir.

Y yo creo que tenía razón, porque de poco ha de valer la memoria de Tu ejemplo, si no somos capaces de proyectarlo hacia el porvenir. Hacia aquello que está por llegar, en una apelación ilusionada de esperanza y de optimismo. Y si Tú quieres y como a Ti te gustaría que dijera, hasta de fe y de esperanza, porque ese sería el mensaje al menos creo con casi total confianza, que de Tu vida y de Tu sacrificio te gustaría que nos quedara. Y con esa certeza y con todo respeto, me despido de Ti, no sin antes rogarte que cuando llegemos al final de ese camino que todos andamos, algunos con más premura que otros, y nos encontremos con tu Padre, que le pidas que nos dé un abrazo paternal y llene de luz donde tan solo hay tinieblas y dudas, y donde aún mora la oscuridad.

Pero no puedo ni quiero estar aquí, pregonando esta Semana Santa alcalaína, sin hablar de ella, pero tampoco quiero tener la osadía de historiar, explicar o pontificar sobre ella ante vosotros, que sin ninguna duda, la conocéis más y mejor que yo. Por eso me vais a permitir unas reflexiones sobre ella, sobre lo que vi y sobre lo que percibí, que ambas cosas son inseparables en este caso porque, difícil es definirla; no basta con hablar de lo ritual o lo austero, lo grandioso o lo patético, ni de ese silencio más resonante que millares de voces que su procesionar ofrece.

Es mezcla armónica de realismo y ensueño, de lo temporal y lo eterno, de lo divino y lo humano, de lo contingente y lo trascendente. Algo que más allá de las palabras, habrán de comprobar quienes quieran vivirla, limpios de prejuicios, con los ojos del cuerpo y con los ojos del alma porque ¿cuál es el secreto que sustenta el encanto digo bien, encanto de encantamiento, de la Semana Santa alcalaína y de sus procesiones?, ¿el misterio religioso?, ¿la sublimación de la fe en Cristo y su Pasión?, ¿o acaso el escenario que le ofrece esta vieja ciudad y la magia de sus calles?. ¿O en la belleza de sus pasos orgullosamente arropados por los cofrades? Todo eso sin duda es su secreto.

Pero también algunas cosas más: historia, tradición, y porque no decirlo, sano orgullo.

Por ello no intentaré, vano intento sería definir algo tan hermoso y complejo como es vuestra Semana Santa, simplemente permitidme, a modo de ejercicio literario, y so pretexto de mis propias inclinaciones personales, poner más énfasis en lo artístico. La imaginería, como parte del arte sacro, no es más que una forma de intermediación entre el hombre y Dios.

Desde los primeros tiempos de la iglesia juega el papel de simbolizar visualmente para el cristiano, las verdades de la fe, personificar la idea de lo santo, que de forma no concreta impregna el pensar de los hombres.

De concretar de forma nítida los santos de su devoción y los hechos que han ido edificando la religión que profesa, acomodándose al espíritu y a las corrientes culturales de cada época y ejerciendo una función didáctica de singular importancia.

Pues bien, a este aspecto, a los pasos procesionales, decía que quiero dedicar una especial atención. En justicia habría que hacer aquí una larga y prolija lista. Tantas y tantas son las imágenes notables que componen el elenco procesional alcalaíno que vosotros, mejor que yo, conocéis y cuidáis.

Ese patrimonio que, como pocos, habéis sabido conservar y aún acrecentar, y sobre el cual, yo me he atrevido, en una tarde fría de este mes de marzo, venir a hablaros sin otro mérito que el de vuestra generosidad.

Por todo ello, muchas gracias, y que el ejemplo solidario de Jesús nos ilumine a todos

Alcalá, 30 de marzo del 2019

Dicho en la Magistral